

V CONCURSO LITERARIO DE NARRATIVA.

NO MÁS SECRETOS

A Marina le gustaba pintar el mar. Mezclaba el azul cobalto con el cian, lo fundía con el verde esmeralda y daba pequeñas pinceladas de turquesa y blanco de zinc. Para las veladuras prefería el azul ultramar claro diluido con un poco de barniz holandés porque éste le daba a sus óleos un toque especial que le recordaba a las pinturas barrocas. A veces improvisaba con los tonos violáceos e incluso con los anaranjados simulando reflejos dorados sobre el agua, pero esto sólo ocurría cuando se sentía especialmente nostálgica y triste.

Deambulaba por su estudio al ritmo del chisporreo de los vinilos, mirando la pintura en sus manos y comparándola con la de sus cuadros, sonriendo al comprobar que las manchas en su propio cuerpo y en su bata eran las auténticas obras de arte. Luego se sentaba en una banqueta y miraba largo tiempo su mar. Era tranquilo y solitario, sonaba a Billie Holiday y olía a esencia de trementina. Al cabo del rato volvía a pintar imaginando que sus pinceles eran aletas que se sumergían entre las olas descubriendo en el fondo tesoros enterrados, perdidos, olvidados. Ella conocía los secretos del mar mejor que nadie, pero los tenía en una caja junto a sus óleos porque los secretos no se cuentan, se guardan.

Hacía varios meses que Marina apenas salía de aquel habitáculo, se sentía un poco como Nick Nolte en “Historias de Nueva York”, buscaba en la pintura algo que no encontraba a su alrededor, y toda esa frustración la obligaba a trabajar con más ímpetu en su obra. Al bajar la aguja del tocadiscos “Like a rolling stone” inundaba el ambiente y esperaba que aquella melodía la iluminase de igual modo que al personaje de la citada película. Se liaba un cigarrillo y esperaba la inspiración. A veces ésta venía, otras no.

Aquel era uno de esos días en los que el lienzo seguía en blanco al paso de las horas. Pensaba que tanta luz terminaría cegándola, le aterraba la pulcritud porque ella siempre había creído que sus cuadros eran puro reflejo de su alma. ¿Estaba hoy vacía? Ni siquiera sentía el vaivén de las olas en su corazón, quizá éste había dejado de latir. Intentó buscar una imagen del mar y retenerla en su mente, pero ya había agotado todo su archivo, tendría que buscar otros recursos para encontrar un mar que todavía no se hubiese secado.

Marina guardaba un secreto y supo que ya era hora de sacarlo de su caja de óleos. Marina nunca había visto el mar. Se basaba en fotografías o en imágenes que había observado en el cine para plasmarlas en sus obras, pero nunca había sentido la sal escociendo sus ojos, ni las olas masajeando su cuerpo, ni la arena de la playa pegada a su pelo, y precisamente todo aquello era lo que necesitaba para seguir pintando. No se puede pintar algo que nunca se ha sentido, por mucha imaginación que se tenga.

La historia de Marina comenzó mucho antes de que ésta naciera. Su madre tejía redes para los pescadores en un pequeño pueblo costero de La Coruña, nunca se supo con certeza de qué pueblo se trataba, aunque se cree que no

estaba lejos de Pontevedra. Una tarde, mientras recogía su labor, tres individuos forasteros se acercaron a ella con el pretexto de que les indicara dónde se encontraba el acantilado. Mediante engaños la llevaron hacia las rocas, lejos de los ojos indiscretos de otros pescadores y allí la violaron brutalmente hasta casi dejarla sin sentido. Haciendo uso de las pocas fuerzas que le quedaban, logró escapar tirándose al mar desde el acantilado. A los pocos días apareció en un hospital exhausta, decían que era un milagro que continuase viva. Después de unos meses comprobó que el verdadero milagro era que estaba encinta y que no hubiera perdido al bebé en la caída. Lo tomó como una señal, de modo que siguió adelante con el embarazo haciéndose a la idea de que era el mar quien la había fecundado, por eso el nombre de Marina al nacer la pequeña: quiso ponerle el nombre de su padre. Sin embargo, aquella mujer no asimiló su tragedia tan fácilmente como parece, se trasladó a Soria y jamás volvió a la costa. Marina siempre respetó la decisión de su madre sin cuestionarse nada, pero quizá por eso, comenzó a obsesionarse por el mar y buscó en la pintura una forma de fabricarse algo que le habían arrebatado. Ahora que tenía veinticuatro años, ya era momento de superar su agorafobia forzada. Se había mantenido viva artificialmente, respirando una brisa inexistente, sustituyendo el sonido de las olas por el de sus discos, el calor del sol por los trazos de amarillo cadmio medio, las aletas por pinceles...

Se despertó aturdida, desorientada, pero pronto recordó que estaba en Córcega. Fue en tren a la costa francesa, y desde Marsella tomó el ferry hacia la isla. Puesta a elegir un destino que le permitiera disfrutar del mar, pensó que lo mejor sería dirigirse a una isla, y cuál mejor que Córcega, denominada por los griegos de la antigüedad "la más bella".

Pese a haber llegado allí por mar, con el ajetreo del viaje apenas notó su presencia. Fue esa mañana, al despertar y al abrir la ventana de la habitación del hotel, cuando quedó impresionada ante tanta belleza. Aquel azul turquesa que tanto conocía ya no salía de un tubo ni presentaba una consistencia oleosa, nacía del infinito y moría en la playa mediante espumosas olas que pronto volvían a recobrar vida. El golfo de Porto-Vecchio había amanecido más deslumbrante que nunca, causando en Marina tal conmoción que ésta no tuvo más remedio que romper a llorar al no poder soportar tanta inmensidad. Sus lágrimas saladas poco se diferenciaban de las olas que contemplaba. Entonces se dio cuenta de que era una pintora mediocre, y supo que nunca podría terminar de pintar el lienzo que le esperaba en blanco en su estudio. ¿Cómo había osado ella, una insignificante mortal, querer plasmar en sus obras algo tan sublime? El brillo de los colores, su intensidad, las texturas etéreas, las transparencias, las calidades de la luz... ahora sabía que eran imposibles de representar.

Salió a pasear por la playa de Palombaggia y decidió perderse entre los pinos que la rodean. Al llegar a una cala desierta se desnudó y se dirigió hacia el mar dejando que su piel se confundiera con la arena, la cual los cursos comparaban con la harina por su fina textura y su color blanquecino. Marina no sabía nadar pero no tenía miedo, no ignoraba que el mar la había salvado en una ocasión y se consideraba ya no como su hija, como su madre pretendía, sino más bien como su protegida.

Al mojarse los pies, de nuevo las sensaciones la invadieron. La sal hacía que le escociera una pequeña herida. Repentinamente soltó una larga carcajada y corrió decidida hacia el fondo, donde se dejó abrazar por las aguas y se sintió flotar. El rumor de las olas susurrando cerca de sus oídos le recordó de nuevo a Billie Holiday. El sol quemaba sus mejillas y allá lejos, hacía centellear los arabescos de ágata que decoraban el golfo. Mientras veía acercarse tímidamente un banco de peces de colores vivos, pensaba en su caja de óleos, donde guardaba todos los secretos marinos que creía conocer. “No más secretos”, “no más fantasías”, “la realidad es mucho más bella”, se dijo a sí misma. Su alma ya no era un lienzo desnudo, volvía a escuchar los latidos de su corazón y se dio cuenta de que Córcega era su casa, el lugar donde se sentía viva.

Al cabo de varios años todavía podía verse a Marina pasear por la ciudadela amurallada de Bonifacio, donde vivió hasta el día de su muerte. Nunca volvió a su estudio, pero no renunció a la pintura. Se ganaba la vida haciendo retratos a los turistas y vendiendo pequeñas estampas de los rincones más representativos del lugar.

Cuando falleció se celebró una pequeña misa en la Capilla Blanca, y sus cenizas fueron arrojadas al mar desde el acantilado, ese de piedra caliza que mira hacia Cerdeña, al tiempo que dos músicos anónimos armados de guitarra, armónica y de su propia voz tocaban “Like a rolling stone”, en homenaje a aquel lienzo en blanco que la llevó a descubrir el mar.